

HOMENAJE A GABRIEL MIRÓ, A LOS VEINTE AÑOS DE SU MUERTE

Por JOSE MARIA ZUGAZAGA

Y A ríe mayo bajo cielos de esmalte y las rosas con sus fragancias y colores, las fuentes con su monorrítmica cantiga y los ruseñores con sus violines de ensueño elevarán a la primavera una sonata de dulce, tierna, apasionada poesía. Ahora se cumplen los veinte años del fallecimiento de Gabriel Miró, el levantino cincelador del idioma castellano, que tan maravillosamente supo describir los paisajes de su tierra, para lo cual convirtió las cuartillas en lienzos a donde llevaba, con intensas pinceladas, la calidades cromáticas de rincones alicantinos plateados de luna, los floriosos amaneceres sobre mares y costas de cesárea majestad o el sol en su cénit alumbrando cual magnificente lámpara el silencioso rincón lugareño donde el cementerio hace surgir las lanzas de sus cipreses, que parece van a rasgar el azul en su sagrado mutismo impregnado de paz...

Se nos fué el Maestro un veintisiete de mayo, cuando nada hacía presentir su muerte, en plena madurez estética, ya que entonces el artista creaba los más acabados frutos de su espíritu...

Días antes, asistió a un almuerzo en honor de Unamuno, con el que le unía fervorosa amistad, y, al final, sintióse repentinamente enfermo... Poco después, una noticia sobrecogedora corrió como un estremecimiento por Madrid: «¡Ha fallecido Gabriel Miró!» Al conocerla Valle Inclán, derramó copiosas lágrimas de dolor, y el autor de *Niebla* pronunció una frase que hubiera podido grabarse como epitafio sobre la inmensa losa marmórea que cubre la tumba de Miró: «Era el hombre más manso de corazón que yo he conocido.»

Desapareció bruscamente el creador de *Las cerezas del cementerio*, esa novela de juventud impregnada de jugosas descripciones que se dirían paisajes de la escuela impresionista, pintados según las normas preconizadas por Claude Monet. Había surgido esplendorosamente al conseguir el premio de «El Cuento Semanal» con su *Nómada*, y luego, dedicado Miró con fervor a su arte, produjo obras tan acabadas como *El Ángel, el Molino y el Caracol del Faro* —que es un inmenso poema en prosa de irisadas resplandecencias—, *La novela de mi amigo* —de trágicas escenas entrelazadas en la rápida sucesión novelística—, *El abuelo del rey* —impregnada de melancolía e irónicas pinceladas al mismo tiempo— y las dos mejores creaciones suyas en lo que respecta al estudio de tipos y psicologías provincianas, caladas con agudo estilete de observación: *Nuestro Padre San Daniel* y *El obispo leproso*. Antes de éstas produjeron inmensa impresión las *Figuras de la Pasión del Señor*, portentosa evocación de tipos y lugares bíblicos saturados de paz y ascendiendo hacia el infinito como el incienso en las catedrales:

«Se doraba de sol viejo la ribera de Genezareth. En la paz de las aguas y del aire se reflejaba el vuelo de plata y de rosa de las garzas. Y el casal encalado, las redes tendidas, un mástil que subía sobre el muro, entre la pureza de los manzanos floridos, el humo del horno, todo se copiaba en el sueño de la mar de Galilea.»

Creó Gabriel Miró a *Sigüenza*, la franciscana figura andariega, sensitiva y llena de sutiles pensamientos ante el paisaje centelleante como un ascua de luz. El caballero enamorado de su tierra surge

ya en *Del vivir* (1904), después en *Libro de Sigüenza* (1917) y luego en *Años y leguas* (1928), acaso la mejor obra del alicantino orfebre del idioma. En ellas las tierras de Alicante son reveladas a todas las horas del día y de la noche con original estilo, sus páginas están irisadas de bellos decires. Y, al final, Gabriel Miró se despide de *Sigüenza*, su *alter ego*, con una trágica intuición de su próximo fin, en plena juventud corporal e intelectual.

Veinte años ya del tránsito del Maestro... Entonces, al igual que los bellos decires aromaban su pluma, una frase perfumó sus labios: «¡Señor, llévame!» Ahora, como el mejor homenaje a la memoria de Gabriel Miró, acaba de salir de las prensas, magníficamente editado en Barcelona en la Tipografía Altés, bajo la dirección de H. Alsina Munné, *Años y leguas*, el último tomo de la Edición Conmemorativa emprendida en 1932 por los «Amigos de Gabriel Miró». Sólo se han tirado doscientos cincuenta ejemplares de cada volumen, numerados y nominados, con amplísimas notas bibliográficas y relación de las variantes que el escritor introdujera en sus obras, estudios realizados con extraordinaria pulcritud y cariño por Pedro Carabias. Todo está cuidado en esta Edición Conmemorativa: los prólogos, encomendados a selectas plumas —Azorín, Marañón, Gerardo Diego, Unamuno, Oscar Esplá, Pi Suñer, Ricardo Baeza, Pedro Salinas, Dámaso Alonso y Salvador de Madariaga escribieron los dedicados a tomos anteriores— la selección de notas, la esmeradísima impresión y presentación, el rico papel empleado, de tonalidades marfileñas, todo lo que ha hecho famosa a la Edición Conmemorativa en el extranjero. Para *Años y leguas* ha escrito el prólogo el Duque de Maura, que facilita curiosísimos datos de Gabriel Miró, entre los que destaca el epistolario entre el escritor y aquel prócer hombre político que se llamó don Antonio Maura. Las claras prosas del estilista —entre ellas, las de *Huerto de Cruces*, que obtuvieron el premio Mariano de Cavia— destacan con primores de damasquina en esta bella edición, que integra el mejor homenaje a la memoria del Maestro en el cuarto lustro de su muerte. La primavera traerá también su temblor de purísimas

florescencias y entre arpegios, flores, aromas y colores vibrarán las últimas palabras de *Años y leguas* :

«...Y aquí dejaré a Sigüenza, quizá para siempre. Conviene dejarlo antes de que se quede sin juventud. Porque, sin un poco de juventud, no es posible Sigüenza...»

